

Biblioteca Infantil  
Sevillana



EL ANILLO  
DEL REY

LIT. DE LA VPA DE PILAT-SEVILLA

ANT-XIX-1841/12

R. 43.695 1

P

608

4

EL ANILLO DEL REY



16 cms.

BIBLIOTECA INFANTIL SEVILLANA

---



EL  
ANILLO DEL REY



Escrito por el Sr. D. Juan de Dios...

Traducido y adaptado por el Sr. D. Juan de Dios...

Con licencia de la Autoridad Eclesiástica...

Cuento para Niños

(CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA)



SEVILLA

Tipografía de La Industria, Sierpes, 19

1896

BIBLIOTECA INSTITUTO VALLADOLIDENSE



EL

# ANILLO DEL REY

---

Es propiedad de D. Rafael Zambrano, autor y editor de la BIBLIOTECA.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

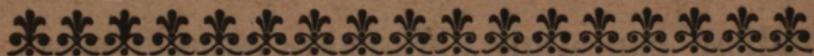
---



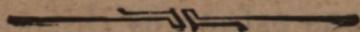
BIBLIOTECA

Tipografía de La Vanguardia, Toledo, 19

1900



## EL ANILLO DEL REY



Crisanto era un pobre pescador cargado de familia, que vivía en Samos, allá por los años 524 antes de Nuestro Señor Jesucristo. Tosco y rudo, como generalmente lo son todos los de su oficio, y dotado de un valor y fiereza á toda prueba, no vacilaba en desafiar las iras del embravecido mar, situándose en los parajes de más peligro, con tal de que

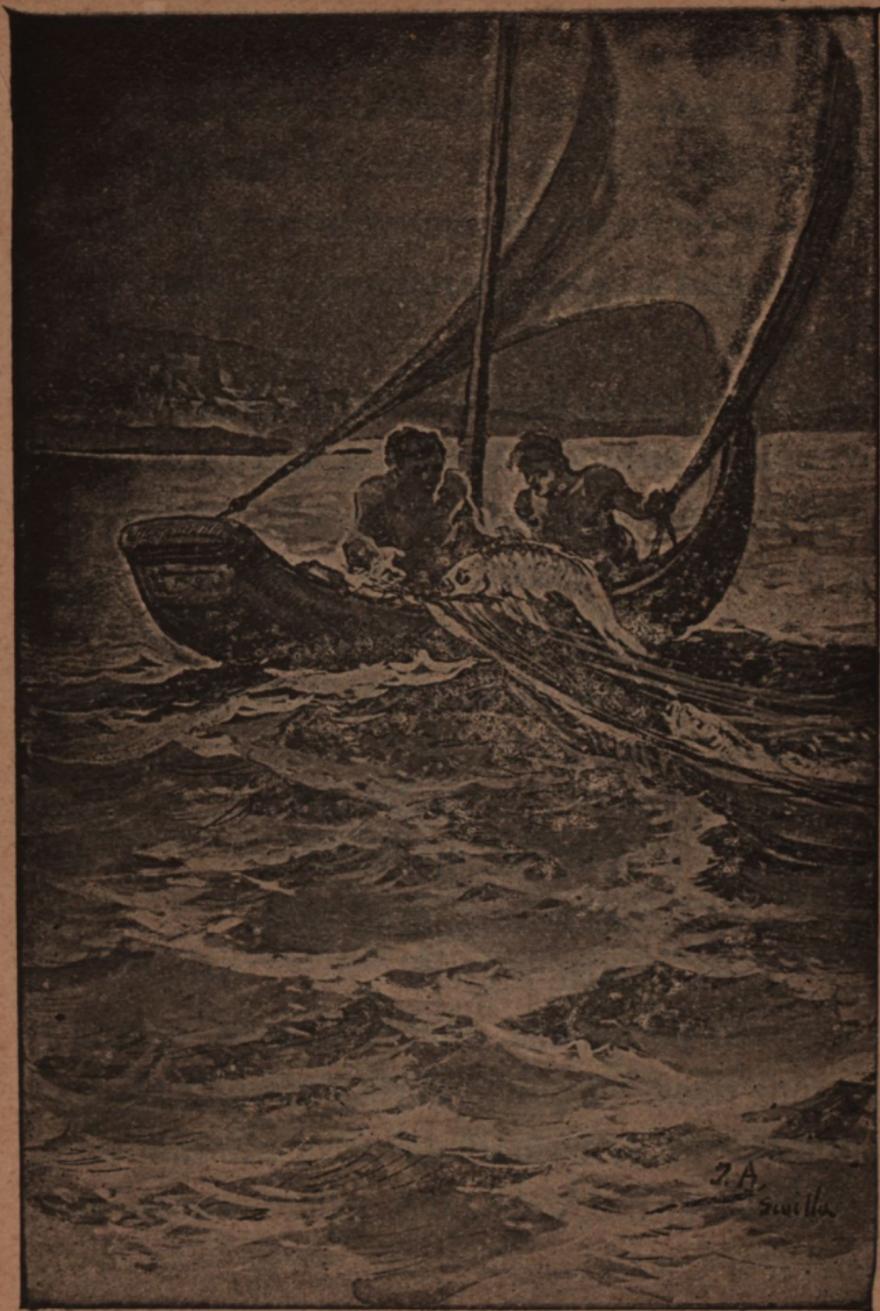
podiese conseguir abundante pesca. Dueño de una barca, única herencia que recibió de sus padres, atendía con ella á la mantención de sus hijos: el mayor de éstos, agil y robusto muchacho de unos quince años, le acompañaba siempre en sus expediciones.

Cierto día que hallábase pescando muy cerca de la costa donde el tirano de Samos tenía su palacio, notó, al tirar de las redes, que estas no salían con la facilidad de siempre. Duplicó sus esfuerzos, hizo que le ayudase su hijo, y vencida la resistencia, observaron que era debida á dos peces grandísimos, de una clase para ellos nunca vista.

— ¡Qué peces tan grandes y hermosos, padre! — exclamó el muchacho entusiasmado.

— Muy grandes por cierto, y que habré de cederlos en buen precio; aun cuando será mejor vender uno sólo y dejar el otro para que tu madre nos lo prepare y guise como ella sabe que nos gusta.

— Tienes razón, padre.



Qué peces tan grandes y hermosos...

—Pues, ahora, cuanto antes á casa: así es que larga la vela y cálzala, para aprovechar la racha de viento; vira en redondo y utilicemos á la vez los remos para llegar más pronto.

—La barca, ligera como una flecha, atravesaba el entonces tranquilo mar, y en breves instantes, Crisanto y su hijo arribaban á la costa y llegaban al deseado hogar.

Para el vulgo hay días de buen agüero, y este lo fué sin duda para aquellos pescadores.

Al regresar Crisanto del mercado, su mujer corrió á buscarle, diciéndole:

—Ya somos ricos y muy ricos,

—¿Estás loca, mujer?

—Ni por pienso, cuerda y bien cuerda; somos ricos, porque al abrir y limpiar el pez que tragistes, he hallado en su interior este hermoso anillo, que debe valer mucho dinero.

—No podemos cantar victoria todavía,

porque pueden reclamarnos esa alhaja, y debemos entregarla á su dueño; porque de lo contrario, cometeríamos un robo.

—Pensar en eso es una locura, Crisanto; teniendo la fortuna en nuestras manos, no debemos abandonarla, y además, nadie puede reclamar dicha alhaja, cuando se comprende que ha sido de expreso arrojada al mar.

—¡Quién sabe, mujer! Yo preguntaré, y caso de que no parezca su dueño, la vendemos.

De las averiguaciones de Crisanto resultó, que aquel anillo, de un valor inestimable, estaba grabado por el célebre Teodoro de Samos y que pertenecía al Rey Polycrato.

Todas las ilusiones del pobre pescador desaparecieron en un instante; era preciso devolver la alhaja, y al efecto, se dirigió al palacio del tirano de Samos.

Allí expuso sus deseos de tener una en-

trevista con el Rey, y una vez en su presencia, le dijo:

—Señor, este anillo, según me aseguran, os pertenece; yo, cumpliendo con un deber propio de todo hombre honrado, os lo devuelvo.

—Desgraciado, ¿qué has hecho?— exclamó el tirano lleno de cólera é indignación— ¿Vienes á devolverme esa joya, que yo mismo he arrojado al mar desde uno de los torreones de mi palacio, por ver si logro, de la veleidosa Fortuna, despreciando sus dones, que no se truequen en breve en infortunios y desgracias, cuantos favores ha venido otorgándome por espacio de cuarenta años no interrumpidos?

—Señor, —contestó el pescador—yo he oído decir que los males y pérdidas que uno se busca no son males: es preciso que sean inesperados é imprevistos; y además, que el único medio de contrarrestar el olvido en que



Señor, este anillo' según me aseguran, os pertenece....

puede sumirnos la fortuna, es utilizar con moderación y sabiduría los bienes que nos haya proporcionado.

—¿Te atreves también á darle consejos á tu señor? Pues verás como yo pago tu extraña osadía.

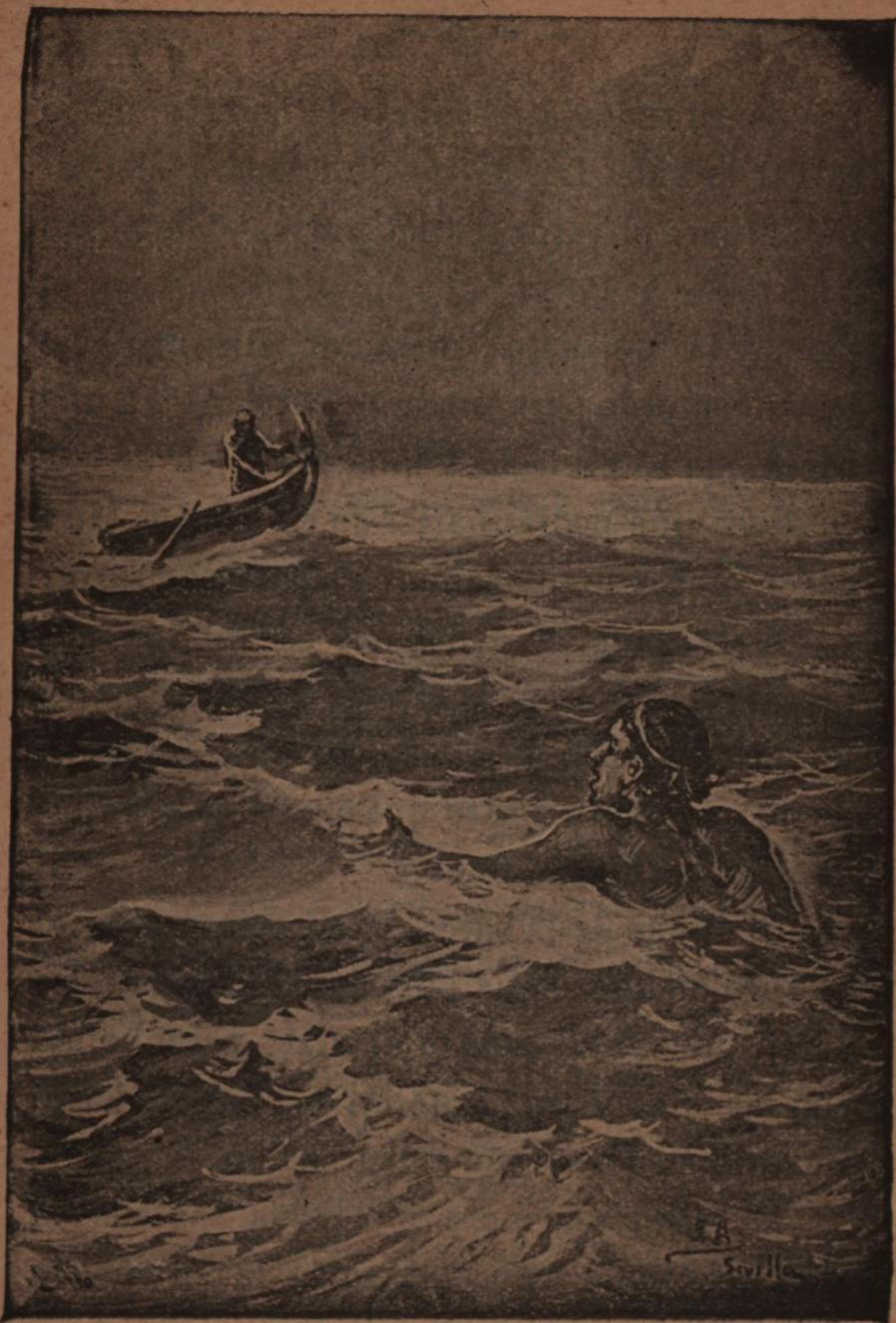
El Rey mandó llamar á su servidumbre para que encerrasen al pobre pescador en la más lóbrega y obscura prisión, pero muy pronto obtuvo su libertad por las súplicas y persuaciones del Rey Amasis, amigo de Polycrato, que supo calmar las iras del feroz tirano.

Se aproximaba para Polycrato el día del justo castigo. Ejército numeroso llegó á sitiar á Samos: el pueblo, oprimido, lejos de aprestarse á la defensa de su Rey, era el primero que deseaba la victoria de los enemigos, para que cesase su esclavitud con la muerte del que le avasallaba. Polycrato, perseguido por los mismos de su palacio, se vió precisado á arrojarse al mar desde uno de los balco-

nes de su morada, procurando de este modo salvar la vida. Los gritos de «¡Muera el tirano! ¡Muera el verdugo del pueblo!» llegaban á los oídos de Polycrato, mientras que con el valor y la fuerza que presta el peligro, nadaba velozmente para llegar cuanto antes á una barca que se divisaba á lo lejos, y en la que confiaba que podría hallar su salvación. Muy pocas brazas le quedaban ya para conseguir su objeto, pero el cansancio le rendía, sus fuerzas llegaban á agotarse, y, entregado á merced de las embravecidas olas, esperaba de un momento á otro que el mar le sepultase en su profundo seno.

El dueño de la barca, que había notado el peligro en que se hallaba aquél hombre, se arrojó precipitadamente al mar, y luchando con las olas y tras muchos esfuerzos, logró llevarlo á su pequeña embarcación.

El bravo marinero que había salvado la vida del tirano con peligro de la suya, era Crisanto el pescador.



Nadaba velozmente para llegar...

—Mátame,—le dijo Polycrato al pescador, cuando volvió en sí.—Me tienes en tu poder y es justa la represalia: yo fui un malvado para ti, yo pagué tus favores con la más negra ingratitud, mátame.

—Nada consigo con vuestra muerte: sólo realizar una venganza impropia de buenos corazones, y mucho menos cuando os hallais perdido y os tengo por huesped. Yo os perdono, y procuraré ponerlos á cubierto de vuestros enemigos.

El Rey, admirado de aquella abnegación, de aquel rasgo tan hermoso y caritativo en aquél hombre del pueblo, le dijo quitándose el anillo que ya conocemos:

—Acéptalo, y que él constituya el porvenir de tus hijos, como premio, aunque tardío, de tu generoso proceder.

No obstante los medios que puso en práctica Crisanto para salvar á Polycrato, los enemigos de éste, que habían presenciado la

evasión, no tardaron en apoderarse de él y condenarlo á muerte, crucificándolo, que era la pena más ignominiosa que se imponía en aquellos remotos tiempos de barbarie, de esclavitud y de gentilismo.



